

AGENDA CIUDADANA
MEMORIAS DE UNA GUERRA
Lorenzo Meyer

Nuestros Conflictos.- En el caso de la historia militar mexicana, es probable que el conjunto de las guerras internas –la de independencia, las civiles del siglo XIX, aquellas contra los indios nómadas y yaqui en el norte y la de castas en el sur, la Revolución Mexicana, la cristiada, y las de guerrillas urbanas y rurales de los 1960 y 1970 hasta llegar a enero de 1994 y sus secuelas— haya sido más costoso en vidas y bienes que la suma de las guerras o incidentes con el exterior. Sin embargo, es en el conflicto externo donde la memoria mexicana pareciera estar más viva. En efecto, la guerra contra Estados Unidos es el conflicto que ha dejado la huella más profunda en la conciencia colectiva mexicana. En realidad, más que de huella, se puede hablar de un trauma no superado a pesar del siglo y medio transcurrido.

La lista de los conflictos mexicanos con el enemigo externo es ciertamente variada pero sólo en unos cuantos casos fueron realmente sustantivos. Esta puede iniciarse con las acciones de las tropas mexicanas comandadas por Vicente Filisola en Centroamérica en 1822 contra los salvadoreños, aunque en ese momento formalmente la región era parte del Imperio Mexicano. Están, también, las acciones contra la guarnición española en San Juan de Ulúa que se rinde en 1825, el rechazo a la invasión española de 1829, el conflicto con los colonos norteamericanos en Texas en 1836, la acción francesa contra Veracruz en 1838, las invasiones norteamericana, francesa y filibusteros entre los 1840 y 1860, algún choque durante los cruces fronterizos de tropas norteamericanas a fines del siglo XIX, la toma norteamericana de Veracruz en 1914 y la batalla de “El Carrizal” en 1916 con tropas

norteamericanas de la “Expedición Punitiva”, más las acciones contra Japón de la pequeña fuerza expedicionaria en el Pacífico durante la II Guerra Mundial.

Sin embargo, en la memoria mexicana “la guerra” por excelencia no fue la brutal lucha por la independencia, ni la Revolución de un siglo más tarde, tampoco los años de conflicto con la fuerza expedicionaria francesa de 1862 a 1867, sino aquella que México se vio obligado a librar contra los invasores norteamericanos entre 1846 y 1847, cuando nuestro país aún no era realmente tal ni nuestro Estado era realmente eso. Por su parte, los norteamericanos, que tienen en su historia militar guerras de sobra –literalmente “para dar y regalar”— el conflicto con México –“*The Mexican War*”— es uno de los episodios menos recordados, salvo que se incluya su inicio en “El Álamo” (1836), que con el correr del tiempo se convirtió en un verdadero mito y en un síndrome.

La Memoria Colectiva.- La memoria no es otra cosa que el recuerdo, la evocación de cosas y acontecimientos pasados. En el caso de la memoria histórica de una comunidad, se trata de un proceso de reproducción consciente y selectivo de acontecimientos pretéritos con un significado colectivo en el presente. Las guerras entre naciones son acontecimientos que ponen a prueba todas las variables centrales de una sociedad –su cohesión, organización política, sistema económico, sentido de proyecto y destino—, de ahí su dramatismo e importancia para la memoria. La construcción de esa memoria es, en primer lugar, tarea de los hombres de letras. Sin embargo, la eficacia de esa construcción depende menos de la calidad de lo investigado y escrito y más, mucho más, de cómo lo reciba y le sirva a la sociedad; la importancia de recordar está directamente ligada a la naturaleza del tiempo en que se hace la evocación. En efecto, el investigador o novelista puede desempeñar su tarea con el máximo de rigor y calidad, pero si el asunto que ha abordado ya resulta irrelevante para el grueso de la sociedad se quedará en las bibliotecas, sin llegar a ser

elementos relevantes para interpretar la naturaleza del presente o para ayudarlo a elegir sus opciones de cara al futuro.

La memoria de la guerra que México tuvo que librar contra Estados Unidos de 1846 a 1847 impacta, en cierta medida, por su magnitud. Su costo en sangre para México fue de alrededor de cincuenta mil bajas militares, según un cálculo de Josefina Vázquez. En relación a la población de la época –México tenía 7.5 millones de habitantes--, equivalen a 700 mil en la actualidad. A lo anterior, hay que añadir una pérdida territorial de 2,400, 000 km², es decir, de más de la mitad de lo que se suponía era el espacio físico donde se habría de desarrollar el drama de la naciente República Mexicana. El costo final, de largo plazo, no sólo debe contabilizar vidas y territorio, sino algo intangible pero muy importante: la pérdida de confianza en el futuro colectivo. En efecto, la derrota limitó enormemente el horizonte de lo que podía imaginar la sociedad mexicana apenas en formación. Las luchas contra los españoles y contra los franceses, hace tiempo que son expedientes cerrados (en realidad se cerró primero el francés y más tarde el español), pero ese no es aún el caso con nuestros vecinos del norte, ni es siquiera posible decir cuando y si es que algún día se cerrará.

Al calor de la derrota, Lucas Alamán calificó a la mexicano-americana como “la guerra más injusta de que la historia pueda presentar ejemplo”. Se trató de una exageración de tan ilustre personalidad, pero es precisamente la sensación de injusticia no reparada la que se mantiene viva entre un buen número de mexicanos.

El conflicto entre México y Estados Unidos en 1846-1848 resultó un clásico caso de juego suma cero y donde los 15 millones de dólares de compensación pagados entonces son irrelevantes: la pérdida que tuvo uno de los actores –México— fue exactamente la ganancia del otro –Estados Unidos. Pero fue a partir de esa ganancia que se acentuó la asimetría

entre nuestro país y el vecino, asimetría que desde entonces ha sido el factor determinante -- y limitante-- de nuestra política hacia Estados Unidos y hacia el exterior en general.

El Novelista y los Historiadores.- En estos tiempos la memoria de la guerra entre México y Estados Unidos se ha vuelto a refrescar con dos adiciones, la de un novelista, Ignacio Solares, y la de tres historiadores --Krystyna M. Libura, Luis Gerardo Morales Moreno y Jesús Velasco Márquez-- que han publicado sendos libros sobre el tema. La obra de Solares se titula simplemente La invasión, (Alfaguara) y la del trío de historiadores, Ecos de la guerra entre México y los Estados Unidos, (Tecolote). La primera es una novela que recrea, desde la realidad porfirista, la guerra mexicano-americana, especialmente en el ambiente urbano y educado de 1847. Los Ecos de la guerra es una selección de testimonios, mexicanos los primeros, norteamericanos, los segundos, sobre la guerra, y que está acompañada de 250 estupendas ilustraciones --que van desde daguerrotipos hasta dibujos *naive* hechos por simples soldados pero que, justamente por eso, tienen el valor de testimonio histórico. En el caso de los tres historiadores, las ilustraciones son las que sirven a los autores para hacer sistemáticamente comentarios al margen del testimonio gráfico y que, en conjunto, constituyen un segundo texto, una nueva historia de la guerra.

Solares arranca su novela histórica con la descripción hecha por el personaje central, Abelardo, de ese trágico 14 de septiembre de 1847 en que las tropas norteamericanas entraron en la capital mexicana, hecho que provocó un acto inesperado, espontáneo, de resistencia abierta y popular contra el invasor. Y casi al final de la obra el autor vuelve a ese punto para imaginar y rescatar una lucha corta --dos días-- pero sangrienta y brutal, que aún está a la espera de un monumento tan espectacular como el los defensores de Chapultepec, y que recuerde a los civiles --hombres y mujeres de las clases populares-- que casi desarmados y sin jefes se enfrentaron al vencedor justamente cuando

los restos del ejército regular mexicano, ya vencido, habían dejado la capital. Entre esos dos momentos el autor recrea, en el seno de la pequeña clase media de la época, la tensión entre los que desean que de una vez México se salvase de si mismo –de su clase dirigente ineptas y corruptos-- por la vía de su incorporación a Estados Unidos, y aquellos que en nombre de las primeras expresiones de nacionalismo o de viejos conceptos como el de “viva Cristo Rey” –como fue el caso del cura español Celedonio Domeco de Jarauta—, pedían resistir al invasor, incluso tras la derrota militar, como la única vía para mantener la dignidad colectiva. Como sabemos, la realidad se quedó en un punto intermedio. Y quizá ahí sigue.

En materia de historia formal, la de Libura, Morales y Velasco sigue los pasos de las obras realizadas desde años atrás por Josefina Vázquez, sea en materia de investigación, selección de testimonios e iconografía. En el caso de los tres historiadores mencionados, los testimonios mexicanos están bien seleccionados, y van desde los de Lorenzo de Zavala a los de Ramón Alcázar, de Carlos María de Bustamante a artículos de periódicos de la época. Son los adecuados y suficientes para dejar en claro que desde muy temprano en México se tuvo conciencia del peligro que representaba Estados Unidos para el proyecto nacional, pero también muestran los enormes obstáculos para hacer que la sociedad mexicana, demográficamente débil y recién salida de los tres siglos de experiencia colonial, tuviera los recursos materiales y políticos para comportarse como auténtica sociedad nacional frente a una agresión que tuvo mucho de sorpresa. Las crónicas de la guerra nos señalan que la derrota, si bien tuvo mucho que ver con la incompetencia, más tuvo que ver con la falta de recursos. Desde el aquí y ahora conmueven los esfuerzos individuales y colectivos, por detener una maquinaria de guerra que simplemente era muy superior en armamento, preparación y recursos, a la mexicana.

Los testimonios norteamericanos provienen de políticos, diplomáticos, funcionarios, periodistas y un buen número de cartas y diarios de oficiales del ejército invasor. En el primer documento, el de Joel R. Poinsett, se asienta la idea de un sentimiento de superioridad –moral, cultural e institucional— de los norteamericanos frente a los mexicanos, y esa idea corre a lo largo de casi toda la colección. En la parte final se recogen las observaciones de la esposa de Nicholas Trist –el negociador del tratado de paz— que atribuyen a éste la calificación de la guerra como “un abuso de poder de nuestra parte”, declaraciones del secretario de Estado Henry Clay --“esta guerra antinatural contra México”-- o de Abraham Gallatin, ex secretario del Tesoro: “...la resistencia mexicana a dicha invasión [la norteamericana] fue legítima...la guerra en su contra no fue provocada por ellos [los mexicanos] sino comenzada por Estados Unidos”. Sin embargo, en el grueso de los testimonios no hay sentimiento alguno de culpa o ilegitimidad y si abunda el orgullo por la capacidad para hacer trizas a los mexicanos.

El libro cierra con un interesante discurso del 9 de febrero de 1847 de un líder esclavista, John Caldwell Calhoun, que se oponía a ir más allá de Texas, pues aumentar la superficie norteamericana al sur ahondaría la diferencia ya existente de ese sur con el norte. “Yo mantengo –dijo Calhoun-- que hay una misteriosa conexión entre el destino de este país y México... México es para nosotros la fruta prohibida; el precio de comerla sería llevar a nuestras instituciones a su muerte política...” En cierto sentido la puesta al día del temor de Calhoun frente a México hace siglo y medio es la actual tesis del profesor Samuel P. Huntington: el aumento de la presencia de “hispanos” en la sociedad norteamericana es una amenaza a sus valores esenciales –los puritanos-- y, por tanto, a su fuente de poder.

Gracias a su superioridad en organización política, tecnología militar y recursos económicos, Estados Unidos le ganó la guerra a México y tomó de éste lo que quiso –

territorio--, pero desde entonces no supo bien a bien que hacer con el vecino derrotado. Por un tiempo pareció que México si sabía como reaccionar en este campo: mantener la única distancia posible de tan agresiva potencia: una distancia política y cultural y, mientras las circunstancias lo permitieran, económica. Sin embargo, hoy, tras una larga serie de ensayos y errores, resulta que ni México ni Estados Unidos saben como resolver bien y de manera definitiva, el problema de su vecindad. Y mientras, la memoria sigue viva, al menos al sur del Bravo.